

se va repartiendo como diosa que reúne los fragmentos que ata cabos y siempre quedan cabos por atar que musita el ritmo que grita las mudanzas que se pone de pie que cabeza abajo se sumerge en los infiernos de la literatura

toda la literatura es un infierno y a las niñas como ana les encantan los espacios inferiores las penumbras las palabras que convocan espectros de palabras y acababan dando con el cuerpo perdido

no hay ritmo sin fantasmas

no hay cuerpo sin representación del fantasma

no hay palabra sin movimiento de labios aunque no suene del todo la palabra


el cuerpo está lleno de labios ana labios peregrinos que se detienen en las pequeñas pausas en cómo decir lágrimas corriendo en cómo decir contemplando en cómo decir yo soy la viudita en cómo

como quien se derrama a borbotones lentos prolijos entomóloga de la página coleccionista viva de palabras que son como insectos que vuelven a la vida

y cantan y cantan entre la flexión de un brazo y las profusas inflexiones de las sílabas

mientras ana se detiene mira de soslayo a veces no teclea y sólo escucha (ese zumbido, ana, ese canto, ese roce de los cuerpos que danzan)

escucha:

mario merlino, agradecido. 

Mario Merlino

Traductor y transeúnte de textos. Tiene la sensibilidad de Natalia Ginzburg, la intensidad de Clarice Lispector, el complejo rigor de Lobo Antunes, el desparpajo de Rodari, la sutileza de Lygia Bojunga Nunes... hay que decir que todos ellos (y tantos otros) han llegado al español gracias a su mediación. Autor de libros raros y curiosos como *Cómo jugar y divertirse con fósforos*, *Manual del perfecto parlamentario* y de los poemarios *Missa pedestris* y *Libaciones y otras voces*. Teoriza, experimenta y trasgrede en espacios como Acción educativa, Fuentetaja, el Círculo de Bellas Artes...

Esta señora

Conocí a Ana Pelegrín en un viaje a México D.F., cuando coincidimos como jurado en un premio de poesía para niños. La Fundación para las Letras Mexicanas, muy amable y “a la mexicana”, nos había invitado una semana antes de las deliberaciones al hotel colonial María Cristina para que tuviéramos tiempo suficiente de leer los manuscritos.

Después de un saludo cariñoso –a fin de cuentas íbamos a estar juntas varios días– le dije:

–Mañana voy a ir...

–Pues me voy contigo –dijo ella.

“Esta señora”, pensé.

Al día siguiente nos sumergimos en el metro, arriba y abajo. Probablemente la llevé hasta Coyoacán –casi al otro extremo de la ciudad, pero parada obligatoria en todos mis viajes– y debimos comer algo en el mercado. Ya de regreso, yo tan pancha y desafiando el *jet lag*, la altura del D.F. y hasta al mismísimo Moctezuma, caminaba como si me persiguiera la mafia, cuando me di cuenta de que Ana ralentizaba y la miré.

–No –dijo mientras giraba su dedo a la altura de la sien–, el motor...

Comenzaron entonces unos días llenos de encanto y diversión. Como la lectura de los manuscritos de

poesía nos dejaba mucho tiempo cada día aprovechábamos para hacer otras cosas por la ciudad. Ana, rastreando libros y personas relacionadas con el exilio republicano en México, y yo, tratando de descubrir todos los rincones del sensacional D.F.

Desayunábamos frugalmente: té de yuyos, café imbebible, plato de frutas –sin papaya, por favor–, tostadas... y trazábamos cada una nuestro plan. El camarero que nos atendía, ya sabía nuestras preferencias y, aunque siempre se olvidaba de quitar la papaya del plato de frutas, esperaba impaciente por la mañana a que bajaran de sus habitaciones estas dos extrañas aves.

Por las tardes, nos encontrábamos en el jardín del hotel, una especie de isla de la paz en medio del fragor de la ciudad. Nos contábamos nuestras hazañas del día y volvíamos a leer y discutir los manuscritos del premio.

Un día, nos fuimos de “safarí” de libros al centro histórico. El objetivo era encontrar en librerías de viejo libritos para Ana. Digo “libritos”, pero se trataba de una gran operación sobre la que habíamos hablado en varios desayunos. ¡Conseguir libros para el proyecto de Ana en librerías de a montón!



© José Moreno Villa, *Iconografía*.

Cerca de la calle Donceles donde enormes librerías con nombres como El desván del Libro, Infra-mundo, etcétera, entramos en una tienda de materiales médicos y compramos una docena de guantes de látex. Con los guantes, la verdad es que ninguna montaña de libros nos desanimó. Palabras claves eran: Billiken, Antoniorrobles, Aleluyas, etcétera. Naturalmente, ambas conteníamos el entusiasmo cuando aparecía –con una etiqueta de 20 pesos mexicanos (menos de tres euros)– uno de estos libros.

Los días de deliberaciones del premio llegaron a su fin y, con ellos, los días de nuestras correrías. Un par de tardes antes habíamos sido invitadas a cenar a casa de E. Fiel a mi tradición de rompetacones, prometí llevar a Ana hasta la casa, pero antes la paseé por aceras intransitables de Coyoacán, la monté en peseros de rutas ininteligibles y ella aceptaba –creo que con cierta felicidad– mis indicaciones: “Subamos en este”. “Aquí, corre, aquí nos bajamos”. “Y ahora solo tenemos que caminar cinco cuadras”, hasta llegar a la casa de E., donde su marido nos recibió con un monumen-

tal sombrero de cocina y nos ofreció una de las cenas más deliciosas que recuerdo.

Luego nos separamos unos días. Yo, a mi adorado Coyoacán, y ella, a su Oaxaca de las maravillas. Recibía, sin embargo, de vez en cuando, una orden en extraña caligrafía y no menos inverosímil ortografía, pues ya saben quienes la conocen de su extraña afición a no usar comas ni puntos, mezclar párrafos y hasta saltarse palabras: “cómprame si vas a Infra-mundo, libro grande con ilustraciones de X. Situado al lado señorita caja, pegado a su pierna, estante tercero. Libro cuarto, creo, con lomo blanco”.

Al año siguiente regresé como jurado a ese premio. El primer día que bajé a desayunar al hotel, el camarero se me acercó con su gran sonrisa y dijo, como si solo hubiera transcurrido un día:

–¿No está con usted la otra señora?

Y qué podía yo decir. Solamente pensé: “Esta señora”. ☒

Ana Garralón